

Apiay

La Comunidad de Apiay

Su extensión—Mide una superficie aproximada de 1.000 kilómetros cuadrados (100.000 hectáreas) de las cuales la mitad poco más o menos la constituyen praderas naturales.

Su situación—Está encerrada entre los ríos Negro y Guatiquita desde su confluencia hasta la cuchilla de Buenavista, hallándose a la entrada a los Llanos de San Martín, por la parte menos ancha de la cordillera oriental, la buscada por el trazado del ferrocarril del Meta, el que la atraviesa con una dirección general de Occidente a Oriente, tocando en Villavicencio en el K. 111, pasando el río Ocoa en el 127; entrando a las sabanas por la Vega del Purgatorio, en el 138; cruzando el camino de Barrancas en el 150, y el del Puerto en el 168 saliendo de las sabanas, por la "Vega del Diablo" en el 173; y pasando el río Negro, en el puente de Yacuana en el K. 178.

La confluencia de los ríos Negro y Guatiquita, se halla entre el Puerto Barrigón y las bocas del Umea en el Meta; de modo que están en la Comunidad los conocidos puentes de Barrigón y La Cruz hasta donde subían nuevamente los vapores que surquen el Meta dentro de poco tiempo.

La Comunidad

Su Historia

Por expulsión de los Jesuitas, bajo el reinado de Carlos III, la Comunidad de Apiay pasó a la Corona de España.

Por remates sucesivos pasó a Nicolás Bernal, y Juan José de Rojas a fines del siglo XVIII.

De 1780 a 1790 se siguieron las diligencias iniciadas con Juan José de Rojas para canjear una parte de las tierras de Apiay por otras realengas a fin de destinar aquellas para Resguardos de los indios Tamra, pero cuando se obtuvo la Real autorización, Setbre 20 de 1790, ya Apiay había cambiado de dueño. (Documentos inéditos de A. B. Cuervo).

En 1791 pasó a Antonio Romero como fiador de Juan José de Rojas.

En 1797 Antonio Romero vendió Apiay a Vicente y Jacinta Rey, quedando así constituida la Comunidad.

En 1808 Vicente Rey vendió a Javier y Salvador Rojas.

Jacinta Rey murió dejando seis hijos: José María, Pedro, Mariano, Basilio, Bárbara, Carmen y Martín Romero (Bárbara casó con Do-

mingo Rey, y Carmen con Ignacio Ferro.

En 1810, Martín Romero vendió a Félix Rincón medio Apiay; por su derecho herencial (1/12) y por compras a Salvador Rojas (1/4) y a sus dos hermanas (2/12).

SERGIO CONVERS C.

Continuara:

Medicina e higiene del Ejército

Servicio de Sanidad

El servicio de sanidad militar ha sabido, desde el principio de las hostilidades, adaptar su personal, su material y sus procedimientos de acción a las necesidades, siempre imprevistas de la guerra moderna.

Ha reorganizado los grupos de camilleros; creado ambulancias automóviles de cirugía y salas portátiles de operaciones; organizado hospitales de especialidades fijo y ambulantes, como carruajes automóviles para servicio de estomatología que contienen todo el material y el «comfort» de un gabinete dental; laboratorios de Bacteriología y de Toxicología; y en fin ha multiplicado las secciones sanitarias automóviles. Todos los recursos de la ciencia han sido puestos actualmente al servicio de sanidad y utilizados de la mejor manera según las necesidades de la guerra. No hay esquema de la manera como funciona el servicio de sanidad; los dirigentes han rechazado todas las ideas preconcebidas y los artículos de reglamento basados en hipótesis no verificadas. Los diversos órganos del servicio de las avanzadas del frente tienen suficiente libertad de acción para seguir una verdadera táctica sanitaria, cuya iniciativa pertenece al director del servicio de sanidad de cada cuerpo de ejército. Las instituciones de retaguardia son más estables y todo el interés del servicio de etapas reside en el conveniente funcionamiento de grandes centros hospitalarios y en el buen orden y rapidez de su atención. Las condiciones de la guerra de posición y el poder siempre creciente de los proyectiles, unidos a las necesidades de un tratamiento precoz de las heridas, han originado la necesidad de crear órganos sanitarios en la proximidad de las primeras líneas.

Servicio avanzado

(o de Vanguardia)

Los abrigos para los heridos y los puestos de socorro, han sido establecidos en las propias trincheras o en su proximidad. Los camilleros transportan a aquellos los heridos en brazos, en hamacas o en camillas de bambú de fácil conducción a través de las trincheras; este servicio desempeñado por el cuerpo de l'Enfermeur du soldat dans la tranchée (Q.

S. T.) ha librado a gran número de médicos de perecer en el frente. Este cuerpo, que tiene por Presidente honorario a Mr. Maurice Barrés y por Presidenta a M^{me} la Condesa de Chaulmont-Quitry ha procurado igualmente al ejército una camilla de trinchera de un nuevo modelo, muy práctico y que asegura al herido, en cualquier posición que adopte, un mínimo de golpes y molestia por la trepidación y vaiven.

Carretilla porta-camillas Peugeot

Este nuevo modelo de carretilla, de un empleo rápidamente generalizado en el frente, permite utilizar la camilla reglamentaria asegurando el transporte de los heridos. El aparato está provisto de ruedas con llantas neumáticas y de resortes que amortiguan la trepidación. Un solo hombre puede conducir un herido siendo necesarios dos en los lugares muy accidentados. El transporte es rápido y ofrece más seguridad aun en los espacios descubiertos. Las muletas colocadas bajo el aparato permiten mantener al herido en posición horizontal cuando se detiene la camilla. La misma carretilla, por disposición apropiada, puede transportar heridos sentados y accesorios de ambulancias y cajas de medicinas.

Cuando el terreno lo permite, las carretillas de una rueda, manejadas por un solo hombre, facilitan la tarea siempre larga y penosa de conducir los heridos a los puestos de socorro reglamentarios. Allí, en esos abrigos-cavernas, del género Metro de paredes de madera rolliza y de techo blindado con rieles y sacos de arena, protegidos contra los proyectiles, en esos agujeros oscuros, iluminados por gas acetileno, los médicos, con toda tranquilidad y ajenos a la lucha, fijan los miembros fracturados, ligan las arterias que sangran, curan las espantosas desgarraduras de las carnes en colgajos!

Pero hay heridos graves para quienes un viaje de algunas horas sería mortal. Estos son dirigidos sin pérdida de tiempo a los abrigos de cirugía. Tales abrigos, verdaderos elementos de ambulancia avanzada, poseen una sala de operaciones de paredes metálicas y piso de tablonés y linoleum, con locales preparatorios para la asepsia, provistos de autoclaves y todos los medios de esterilización, salas para heridos, con camas dispuestas en orden como los camarotes espaciosos de los trasatlánticos; pequeños hospitales de 15 a 20 camas, en el interior de un barranco, a inmediaciones del enemigo (1.800 ó 2.000 metros de la línea de fuego). En ellos se practican ligaduras, traqueotomías y aún laparotomías; y la calma del lugar contrasta de manera impresionante con la orquesta infernal de las marmitas que estallan en la superficie del suelo!

Durante la noche, y aún en los momentos de alguna calma, durante el día, los automóviles sanitarios